Año VII. Buenos Aires, 27 Junio de 1903 Núm. 219

LA PROTESTA HUMANA

PERIODICO ANARQUISTA

SUSCBIPCIÓN
Trimestre.............................. $ 1,00
Semestre.............................. » 2,00
Año.............................. » 4,00
Pago adelantado

SALE CADA SEMANA

Número suelto: 10 Cts.

DIRECCIÓN:
A. Valenzuela
Calle Mexico 1602 —— BUENOS AIRES

LAS HUELGAS EN ESPAÑA

El soplo revolucionario, cada vez más huracanado dondequiera que existan explotados y explotadores, vuelve á poner en pié de guerra á los agrarios de la región andaluza, y con ellos á muchos otros gremios de diferentes regiones españolas.

De estas repetidas agitaciones colígese que los mausers de Alfonso XIII, tan preconizados por el inquisidor Silvela como maravilla terapéutica, son impotentes para aplacar la santa ira de los despojados y hacerles renunciar al deseo de elevarse á al categoría de hombres libres y dichosos.

Si los prepotentes de hoy examinaran con algún detenimiento la historia humana reconocerían que no hay mausers, ni cañones, ni bayonetas capaces de impedir que se realice el dicho popular: "No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague"; y entonces, voluntariamente abandonarían la madriguera que más tarde ó más temprano tendrán que abandonar por la fuerza de los acontecimientos y por los golpes de buenos garrotes, hábilmente esgrimidos.

La vieja España, la España supersticiosa y patriotera descalandrajada por el misticismo y la contemplación de un pasado barbárico, colmado de horribles glorias en los campos de batalla, no existe ya ó está muy próxima á desaparecer entre las carcajadas burlonas y los latigazos de estas nuevas generaciones que surgen á la vida enarbolando el frío escalpelo de la crítica y el pabellón de la ciencia.

No es facil que se repita la hombrada que la llevó á encararse con Norte-América, figurándose que con el sólo recuerdo de los tercios de Flandes y de Don Gonzalo Fernández de Córdoba, el tio Sam era hombre muerto: el brusco y feroz zurriagazo yankee en Manila y Santiago de Cuba ha disipado la espesa capa de *chauvinisme* que aún aspiraba el pueblo español, y amainó sus ínfulas quijotescas.

Las ínfulas del hidalgo tomaron otra dirección. Ayer eran esclavas del prejuicio; hoy están al servicio de la razón. Cadarso muerto y Cervera derrotado, apresuraron la evolución espiritual del pueblo español. Si llegan á triunfar, la patria de Cánovas registra una "gloria" más en su historia de matona y pendenciera, y el pueblo una lección menos con una desgracia más; pues desgracia hubiera sido, y grande, que el legendario *chauvinisme* español triunfara en Cavite ó en la bahía de Santiago.

Y quien habla de España, habla de todas las naciones. El reinado de los fetiches se extingue. La antropolatría, generadora de la antropofagía, está acorralada por el brioso mundo proletario que, fuerte en su derecho, avanza con aires de conquistador.

La burguesía, que tiene mil veces más vientre que cerebro, cree que el fuego de la rebeldía puede ser apagado con simples gestos heroicos ó con metralla más ó menos. ¡Ilusión, nada más que ilusión! Apágase la llama, cuando más, pero queda el rescoldo acortando la agonía de esta sociedad tan miserable como inevitablemente condenada á muerte; queda la brasa destruyendo sus tejidos, comiendo su apolillada osamenta.

Y para vergüenza y despecho de los crueles fotófobos la luz surge de nuevo, con mayor explendor, cuando más tranquilos están escanciando con áureas copas el sudor y la sangre del pueblo......!

"MANUALES É INTELECTUALES"

Contribución al debate

Nada de preámbulo porque el camino es largo: me voy derecho al grano respondiendo á las aseveraciones á la vez que á la caballeresca invitación del amigo y compañero Creaghe, formuladas en el anterior número de La Protesta Humana.

Si la Federación Obrera Argentina ó los congresales que dieron su voto para que en la sección «Oficios Varios» no fueran admitidos los trabajadores intelectuales, fundaran su decisión en estos ó parecidos términos: «Amigos intelectuales: Esta corporación, que está exclusivamente formada por obreros manuales, reunidos en sociedades de resistencia, no tiene otro objeto que «mejorar» las condiciones económicas de sus adherentes, ya por aumento de salario, ya por disminución en la jornada de trabajo, ya por la implantación de medidas higiénicas en fábricas y talleres. Agradecemos vuestro auxilio porque sabemos apreciarlo, pero reconoceréis que vuestro campo de acción no está aquí. Preparad los espíritus para la conquista mientras nosotros preparamos los brazos para la resistencia».

Si así estuviera fundada la decisión tomada en el tercer Congreso de la F. O. A; si así se hubieran expresado los que la defendieron, los intelectuales, siéndolo de verdad y no de apariencia, lo comprenderían instantáneamente y lejos de censurar ese acuerdo lo aplaudirían ya que solo significaba una división del trabajo que impone el combate contra la burguesía; división muy lógica, que se impone por sí misma sin necesidad de prescripciones especiales, aunque dadas las actuales trabazones económicas y de trabajo sea materialmente imposible establecer de modo matemático el grado de producción positiva y negativa de cada uno; difícil fijar quién es obrero manual y quien intelectual, y sujeto al criterio convencional lo de quién es asalariado y quien independiente. Esa división, repito, la impone el simple buen sentido cuando no resulta de la idiosincrasia y predilecciones individuales, y si no es que la imponen causas ajenas al individuo, puesto que la vida de éste en la sociedad está permanentemente sometida al azar.

Pero sucede que en aquel Congreso se dijo literal ó substancialmente que el obrero luchaba por algo más que por «mejoras»; reconociéndose así, como es indiscutible, que éstas no tienen más que un efecto momentáneo sobre el bienestar del obrero, que son transitorias, fugaces, ineficaces como recurso liberador, impotentes para suprimir la explotación del hombre por el hombre, Se dijo ó dió á entender que aunque el principio fundamental de la lucha obrera estaba determinado por el deseo y la necesidad de obtener «mejoras», el fin primordial, el objetivo final de la lucha era arribar á una «transformación» social, tanto en el orden económico como en el político; quedando así establecido y tácitamente reconocido que las «mejoras» por qué se lucha no constituyen, en último análisis, más que la enunciación del grandioso problema, un paso insignificante en el camino de su solución, un aspecto, quizás el más importante, de la religión de la vida contra la religión de la muerte. Los diferentes acuerdos del Congreso, ya sean nuevos, ora sean ratificaciones de acuerdos anteriores, obligan á establecer este cuerpo de doctrina. El modo como fué sancionado el tema de las «Escuelas libres», la forma en que se concibe la implantación y objeto de estos establecimientos que deberán fundarse, quien sabe cuando, por la clase obrera, bastan para demostrar lo que dejo expresado; es decir, que la lucha tiene por principio las «mejoras» económicas y por objeto la «transformación» social.

Por manera que á través del positivismo estrecho que un profano puede encontrar en las sociedades de resistencia, surge un ideal amplísimo, enlazado con todas las manifestaciones de la vida social tanto científicas, como artísticas, literarias, políticas y económicas,—que puede ser engrandecido, depurado y llevado al triunfo por todos los hombres de alma enérgica y bien intencionados, sean obreros manuales, sean intelectuales. En este terreno y con estas aspiraciones no concibo que haya inconveniente en que se confundan el obrero, el abogado, el poeta, el pintor y el literato. Los hombres se diferencian más por sus ideales que por sus profesiones. Las clases nacen en el cerebro, no en la bolsa. Confundid los pensamientos y las clases desaparecen como por encanto de nuestra imaginación. Y aunque aparentemente las clases nazcan en la bolsa, no sucede ello por el valor intrínseco del dinero sino por la facultad de dominio que otorga. La prueba de esto está en que un noble tronado, á quien sobre más hambre que inteligencia, seguirá creyéndose representante de una clase muy superior frente al obrero inteligente que le paga el almuerzo, y ante el mismo burgués amillonado. Además, el hombre puede ser abogado contra su voluntad, como puede ser zapatero. Muchas veces la posición social en que nacemos y casi siempre las alternativas de una vida sometida á mil vaivenes, son las causas que venciendo nuestra voluntad nos hacen marchar por tal ó cual sendero sin que nos sea posible cambiar de ruta ó de profesión á nuestro antojo. En este sentido tan irresponsable es que el que nace en un palacio como el que nace en una cabaña, el que nace rey como el que nace rabadán ó porquerizo.

Pues bien: en nombre del ideal amplísimo que acabo de mencionar se ha dicho á los intelectuales: «No os queremos en nuestra corporación porque ejercéis profesiones libres, porque ordinariamente os movéis en el ambiente burgués y pensáis al modo burgués; porque prevaliéndoos de vuestra superioridad intelectual bien podríais intentar engañarnos. Luchad lejos de nosotros, si queréis. Nosotros hemos resuelto conquistar nuestro bienestar con nuestro propio esfuerzo».

Como se vé, este lenguaje representa algo más que una división de trabajo en la lucha: es más bien una declaración de guerra que zahonda el abismo abierto por la educación burguesa. Que lo empléen obreros que no obstante esforzarse diariamente por elevar su nivel intelectual, como lo hacemos todos con mayor ó menor fortuna, aún padecen de ciertas ofuscaciones y prevenciones no siempre injustificadas, no es extraño: todos padecemos de algun prejuicio, todos ó casi todos llevamos algún resto de anteojeras; pero que lo aplauda y recomiende un anarquista como mi entrañable amigo Creaghe, es algo que no me explico ó padezco de diplopia intelectual. Por decirlo y aplaudirlo anarquistas tomo parte en el debate; que si no la tomara, pues me parece muy pequeño todo lo que tenga que discutirse á base de artículos é incisos.

Nadie se ofenda si en ese desplazamiento de «intelectuales» encuentro yo, el más torpe aunque no el menos sincero de los anarquistas, un desprendimiento de sectarismo que arrastra consigo muchos errores y establece muchas arbitrariedades. Con la mejor buena fé puede el hombre equivocarse en fuerza de tanto sutilizar, y si yo no soy el equivocado es lo que acontece en el presente caso. Tanta punta se [illegible] al encanallamiento burgués, á la taimada conducta de los intelectuales asalariados por la burguesía para tener al proletariado encerrado en la ignorancia como á las [illegible] en el corral, que hemos concluido por considerarnos todos, recíprocamente, como unos viles mercaderes de conciencias, como unos zarramplines «natos».

Se admite *á priori*, y por poco no se asegura, la monstruosidad de que la posesión de un título académico, el ejercicio de una profesión libre ó una envidiable inteligencia son sinónimos de mala intención; que no puede simpatizar con el obrero quien no lo sea; que no puede tener ideales de transformación social y luchar denodadamente por ellos quien no sea jornalero. Como obrero intelectual, «asalariado», no puedo esconder mi protesta ante suposición tan caprichosa como ofensiva, que más bien que intención de agraviar supone una ligereza extrema en la exposición de las ideas.

Se puede dudar: más, es necesario dudar para llegar á saber algo, para asegurarse contra los golpes vedados, contra las traiciones y los engaños; pero si queremos ser justos no podemos circunscribir este sistema de vigilancia á un individuo ó á una categoría de individuos. En esta maltrecha sociedad de tan raquítico sentido ético, las pústulas y las excrecencias morales prodúcense en lo alto y en lo bajo. Vanos son los alardes de virtud donde se estipendia el crimen y se trafica con el dolor. El pecado es alimento diario y omnihumano: no me atrevo, amigos mios, á tirar la primera piedra, y eso que al golpearme el pecho lo encuentro sano. Hay lucha de clase á clase es verdad; pero tambien hay lucha entre los individuos de una misma clase y no es la obrera la que menos libre está, consciente ó inconscientemente, de esta enfermedad maldita. Tan admirablemente colocados están los ejes de la vida social que el padre es enemigo del hijo, el hermano de la hermana, y el obrero del obrero. Banquete de cernícalos es este donde los hambrientos, en vez de ir á la conquista de la rés se enfurruñan y destrozan por un miserable hueso. Cuando la comunión de ideales empieza á reconciliarnos y conducirnos por el buen camino, como salido por escotillón se nos atraviesa el demonio del interés, que nos enemista de nuevo. Y no se atraviesa por nuestra culpa sino porque hay alguien que de propio intento nos lo envía para turbarnos, apenas comenzamos á fraternizar.

Además de esto, que merecería ser más explayado, existe una errónea interpretación en lo que se refiere á que el obrero ha de manumitirse por sí mismo. Esta máxima de la Internacional tiene un alcance político y nada más: significa que el obrero debe luchar en el campo económico, separarse en absoluto de las prácticas y medios parlamentarios, ya que todas estas tretas conducen al apandorgamiento. Si expresara el rechazo de la cooperación intelectual, expresaría el más grande de los absurdos. Porque ¿quién sino el trabajo intelectual que en los últimos años operó una transformación de la mentalidad obrera llevándole nuevas concepciones de la vida; quién, digo, sino este trabajo ha puesto en línea de combate al proletariado? Las tácticas de lucha, la importancia de la acción económica y la innocuidad de la parlamentaria, los ideales de transformación social, etc., por la labor intelectual fueron sugeridos y esclarecidos. Si se considera el gasto de energía psíquica que millares y millares de hombres tuvieron que hacer para que el proletariado alcanzase su actual organización y estuviese en condiciones intelectuales de decir qué quiere y á dónde vá, no se comprende en que nos fundamos para sostener qne «debemos emanciparnos completamente de los intelectuales» á quienes todo lo debemos, ó á quienes, por lo menos, debemos la substancia, el primer impulso, la primera [illegible] nos alumbró el extenso cam[illegible] el proletariado mundial avanza sobre el imperio burgués no es porque tenga músculos robustos ni porque tenga conciencia de su esclavitud: avanza porque tiene conciencia de su derecho, porque tiene un ideal forjado con ciencia positiva. Que esta ciencia se haya adquirido á sus expensas, no viene al caso: á sus expensas beben champaña los prepotentes y él tiene tasada el agua; á sus expensas se propinan banquetes y él no vé ni los huesos sobrantes. De la ciencia no puede decirse otro tanto: si no nos trajo el bienestar deseado nos trajo luces para llegar á él. Si bien es cierto que el intelectual estuvo cómodamente (no siempre) en su bufete ó en las aulas mientras el obrero se sacrificaba para costearle los estudios, y la vida, si serenamente y sin apasionamientos tendemos la mirada en derredor nuestro tenemos que reconocer que parte

de estos sacrificios los ha retribuido, quizás á pesar suyo muchas veces.

Por mucha parte que el proletariado tenga en la conjunción de esta labor intelectual con su esclavitud para deducir la moderna concepción libertadora, rebela ingratitud y soberbia al decir: «no necesito de intelectuales». Nos falta mucho que recorrer, mucho que aprender para llegar á formar una sólida mentalidad revolucionaria y hoy, más que nunca, necesitamos inteligencias.

Es inútil, pues, querer cohonestar la máxima citada con la prescindencia de los intelectuales. Lamentable error es ese de confundir la táctica política con la labor intelectual. Los de la Internacional iban «á la emancipación del proletariado por el proletariado mismo», apoyados, justamente, en visiones y comprobaciones intelectuales extraídas de la experiencia, de la ciencia y de la historia. En la obra intelectual de sus antecesores se afirmaron y no por esto puede calificárseles de mendicantes, ni de usurpadores ni de plagiarios. En la lucha por la vida, tal y como ésta se realiza en las sociedades llamadas civilizadas no es suficiente tener buen sentido y soberbias inspiraciones para que estos planes individuales triunfen es necesario saber exponerlos y saber coordinarlos con los mil elementos subjetivos ú objetivos que puedan reforzarlos.

El hecho de que los obreros se nieguen á recibir, en el seno de sus corporaciones, á los trabajadores intelectuales por temor de que al embaucarlos malogren toda ó parte de su labor, acusa debilidad de espíritu é incapacidad para que los que tal afirman ó temen se emancipen por su propio esfuerzo. Quien se considera fuerte en sus convicciones no teme al adversario, antes desea encontrarse con él frente á frente; quien vive de la verdad está asegurado contra el que intente imponerle la mentira. A ninguna parte iremos sin confianza en nuestras propias fuerzas; iremos á donde sea necesario si esta fé nos anima, porque fé se necesita, no lo dudéis, en toda empresa humana.

Se comprenden ciertas prevenciones y temores ya que tantas veces el obrero fué y es víctima de vividores disfrazados de amigos, sabandijas de procedencia y de alma netamente burguesas que buscan gloria barata y puestos rentados, fácilmente aquistables si logran dar la castaña al pueblo trabajador; pero hágase al menos una distinción estableciendo, pongo por caso, la diferencia que existe entre intelectuales como Kropotkine y Grave que viven, y muy legítimamente, del trabajo intelectual que efectúan, — y esa otra caterva de «intelectuales» cuyos actos y pensamientos tienden á consolidar el crimen burgués; que se arriman al obrero más por conveniencia propia que por simpatía; que cantan en verso la Revolución Social y el amor libre, más por hacer figuras retóricas que pasmen á los *diletantes* de la literatura que por convicción propia. Esta última especie de «intelectuales» es de sobra conocida: el buen sentido de los obreros se encarga siempre de alejarla.

Ahora bien: ¿que el intelectual—se dice—puede luchar en otras esferas? Afirmo que esta es una imposición, no un argumento. El que siente la necesidad de luchar tiene el derecho de hacerlo donde lo crea necesario: en los salones, para avergonzar á los burgueses clasificando sus iniquidades: en las corporaciones obreras, para animar el espíritu y robustecer la mente de la familia proletaria. A nadie corresponde indicar, y menos imponer, el lugar que cada individuo [illegible] ocupar en este especial combate: á él y so[illegible]responde el derecho de elegir el puesto [illegible] más en consonancia esté con su temperamento, con su capacidad, con su estado social y psicológico.

Ese criterio impositivo establece que el hecho de poseer una inteligencia brillante constituye, sino un delito, una causa suficiente, por lo menos, para dudar de la moralidad del individuo. Y no sería lo peor que tal duda se alimentara: lo grave está en que el compañero Creaghe dice, refiriéndose á la representación de los intelectuales en los Congresos obreros, que «cuanto más talento tenga más peligrosa resulta su representación». Opino lo contrario, pues para mi el peligro no está en el talento sino en el modo cómo se aplique.

Para justificar la erección de este obstáculo que puede limitar, en cierto modo, la acción ó necesidad de lucha de los intelectuales, suele decirse que admitidos éstos en las sociedades de resistencia tambien habría que concluir por admitir á los capitalistas. Este sofisma puede compararse con muchos otros que entre nosotros circulan, y hasta puede colocarse al lado del de las «reservas mentales», inventado por no recuerdo que clérigo. No jugamos á sofismas. El capitalista no puede ser considerado como intelectual por la sola razón de sus capitales contantes y sonantes. Tampoco cabe en lo posible que pretenda formar parte de esas sociedades, y si alguna vez lo intenta fácil será saber con qué intención. Esto ni siquiera se discute. ¿Pero puede compararse el capitalista—que directamente lo explota todo—con el literato, con el profesor, con el escultor, etc.? ¿Qué tiene que ver el que, dueño de una inteligencia ó de una profesión libre, se sirve de ello «para vivir», con el que se sirve de ambas cosas para explotar y afianzar el imperio capitalista? ¿Acaso no existe un proletariado intelectual tan acosado por la explotación y tan digno de ser redimido como el proletariado manual? ¿Acaso no hay abogados, médicos, ingenieros, poetas y escritores anarquistas?

Nada más justo que cada quisque se gane el sustento haciendo trabajo productivo; pero si bien es cierto que este argumento constituye un formidable elemento de crítica contra la sociedad capitalista, es inadaptable al tema que se ventila. Sobre ser imposible, como al principio dije, determinar exactamente el grado de producción de cada uno, es ilógico afirmar que el intelectual no produce. Cuando se dice que la cuestión social es una cuestión de estómago, se está en lo cierto aunque el concepto aparezca un tanto grosero y mezquino: no se hace más que justificar la expreción de Keppler «*primum vivere, deinde philosophare*». En esa forma breve y escueta se enuncia el problema porque el estómago constituye el eje del cerebro, pero no porque se quiera expresar que el hombre vive de pan solamente. El pintor que produce deleitosas telas, que imagina ó traslada al lienzo escenas que conmueven el espíritu y engrandecen el templo del arte no puede calificarse de parásito aunque esas telas, que por lo general se le pagan como vulgares oleografías, vayan á enriquecer las galerías burguesas y recrear á los tiranos. Si su trabajo no reporta beneficio á la masa y aún se vuelve contra ella muchas veces; culpa es de un sistema y no de un hombre. Este artista es un productor y un explotado, hace lo que puede ó lo que se le permite hacer, y no lo que quiere. Su voluntad y su conciencia se estrellan contra un orden de cosas que de productor lo convierte en parásito. ¿Hay alguno de nosotros, manual ó intelectual, que no se encuentre en estas condiciones? Que se adelante y diga: *ego sum*!; lo adoraré como á un ídolo.

El divorcio existente entre obreros manuales é intelectuales no está determinado por la clase de trabajo sino por las condiciones en que éste se realiza, por la retribución, por la consideración social de que unos y otros disfrutan á consecuencia de esto. Eso de afirmar, como hace el compañero Creaghe, que «cada individuo, por intelectual que sea, debe dedicarse á un trabajo manual productivo», acusa una unilateralidad que no es conveniente que prospere entre nosotros, donde para mayor desgracia aún existe mucho daltonismo. Como intenté expresar, es anti-científico sostener que no hay más trabajo productivo que el manual y es un error creer que las clases desaparecerían por ese medio. Ya hemos visto cómo, dónde y p[illegible]qué existen las clases, estos divorcios antina[illegible] entre las diferentes categorías de trabajadores.

Pero esta afirmación ó parecer del mencionado compañero encierra errores aún más graves. El amigo Creaghe sabe mejor que yo— y esto prueba la ligereza con que trazó las líneas que impugno — que el trabajo manual es cada vez menos necesario á la producción toda vez que el desenvolvimiento de la mecánica, de la electricidad, de las ciencias físico-químicas, etc., ahorra la acción muscular. Cuanto más nos aproximamos á la sociedad de nuestros ensueños menos necesario es el esfuerzo muscular y más se impone el trabajo intelectual. De aquí resulta el peligro á que está expuesto el proletariado si no se apresura á efectuar la huelga general revolucionaria, peligro hace tiempo denunciado por nuestro compañero Tarrida del Mármol. Lo que sobra en la sociedad actual, amigos obreros, son brazos que trabajen: lo que faltan son inteligencias que conquisten. Hay exceso de fuerza muscular: hay mucha escasez, pero muchísima, de fuerza espiritual. Si el pensamiento del compañero Creaghe se pusiera en práctica desde hoy por los millares de intelectuales que luchan por la libertad y por el arte social, resultarían agravadas las condiciones económicas del obrero manual pues aparecería aumentado el número de competidores, y, por consiguiente, el capital vería reforzadas sus facultades de explotación. El actual rey de Inglaterra, Eduardo VII, diz que es zapatero y no de los malos; Guillermo II es carpintero, y claro está que este sujeto, que se considera una enciclopedia andante, no ha de querer pasar por mal carpintero; es tradicional que todos los miembros, hombres y mujeres de estas dos casas reinantes, aprendan un oficio........ no sé si por simple *sport* ó por lo que pueda tronar. Y sucede que cuando á alguno de estos modernos *Plantagenets* y *Barbarojas*, macho ó hembra, se le ocurre hacer un par de zapatos ó un atril, se comen el jornal de dos ó más obreros manuales sin que por esto dejen de percibir íntegramente los emolumentos que bajo el título de «lista civil», pesan sobre el pueblo.

El mal no está en que los zapatos que calza el intelectual no estén hechos por «sus propias manos»; no está en que en vez de producir alimento para el cuerpo lo produzca para el espíritu: lo que hoy alimenta el espíritu, compañeros anarquistas, mañana alimenta el cuerpo. Las piltrafas de la libertad que hoy poseemos de la nutrición espiritual surgieron. El mal consiste en que haya en la sociedad humana un solo hombre — ya no digo millares—que tenga el «derecho» de imponerse á los demás y explotarles su trabajo comprando brazos y cerebros para dilatar el radio de acción de la expoliación. Y como este profundísimo mal está encarnado en un complicado sistema de cosas, resulta que combatir aisladamente al individuo por considerarle responsable directo, es imitar á Don Quijote cuando con su lanzón deshacía las aspas de los molinos de viento ó con su espada agujereaba los odres de vino. Suprimid la propiedad — y con ella, por supuesto, hasta la última sombra de autoridad — y desaparece el *quid divinum* de la explotación con todas las lacras sociales é individuales. Mientras esto no suceda que nadie pretenda ¡por vida de tal! llamarse inocente: el pecado...... ya lo dije.

Que el obrero manual se emancipe de embaucadores, de jefes, de tiranos, de quienes intenten ejercer presión sobre su inteligencia; pero que no renuncie á los hombres bien intencionados que le aporten un concurso sano, que no intente formar un bando aparte de los intelectuales por la sola razón de que éstos no trabajan «con sus propias manos», pues de lo contrario tendrá que renunciar á las indicaciones del médico, á las lecciones del sabio, al libro que le ensancha los horizontes de la vida. En todas partes el campesino duda del ciudadano que le propone su amistad, porque el campesino tiene conciencia de su propia ignorancia y supone, no sin fundamento, que siendo el habitante de la ciudad más instruido ha de ser más diestro que él en arte de marrullerías y juegos de prestidigitación. Para él todos son alguaciles, picapleitos, distribuidores de papeletas de contribución; y se comprende, porque el pobre labriego, perpétuamente picoteado por las bandadas de cuervos que tienen su nido en las ciudades, ignora que allí hay también explotados como él, acosados constantemente por el corchete y la papeleta. La situación del obrero es análoga, pero no idéntica á la del campesino por cuanto se afirma, y no sin razón, que «entre la clase obrera sobran hombres de buen sentido». Cierto es, y por ser cierto resulta inútil, por no decir pueril, ese miedo cerval á los escamoteos de los intelectuales, pues por sabido se calla que teniendo el obrero buen sentido y criterio propio para seleccionar la lectura con que se fortifica y para cazar al vuelo los sofismas, ha de tenerlos para distinguir á sus amigos de sus enemigos. De esto nos ofrece pruebas diarias y de tal naturaleza, que el embaucar á los obreros se está convirtiendo en un problema como el de la cuadratura del círculo.

Los que rendimos tributo al mal gusto de zaragutear en la prensa sabemos por experiencia que las citas no tienen, la mayor parte de las veces, más que una simple función decorativa, lo cual no impide que sean necesarias, cuando no para vigorizar la trama del discurso para darle melodía y sabor estético. El pasaje de Adam Smith, invocado por el compañero Creaghe, lejos de apoyar su tesis vá directamente contra ella por cuanto el célebre escritor escocés se lamenta conmigo....y tambien con Creaghe, diciendo que «*el trabajador manual y el intelectual están profundamente separados en perjuicio de ambos*».

Quizás sea necesario volver sobre el tema ya que él ofrece amplio terreno á la discusión en virtud de opiniones tan encontradas, y no seré yo quien rehuya discutirlo siempre y cuando se coloque en el campo de las ideas y no del estrecho reglamentarismo societario. Pero continúe ó no el debate desde luego manifiesto que mi conciencia de anarquista — formada casi espontáneamente, por autodidaxia, fuera de todo comercio espiritual con reglamentaciones que juzgo ataduras de la inteligencia—se rebela contra todo lo que signifique tender líneas divisoras entre manuales é intelectuales, y afirmo que las actuales condiciones sociales solo pueden modificarse por la cohesión y enlace de estas dos categorías de trabajadores. Se rebela por esto y porque creo que la sanción del último Congreso de la Federación Obrera Argentina está en pugna con los elevados principios de libertad y amplia justicia que iluminan al proletariado universal.

Si yerro sírvame de disculpa la precipitación con que trazo estos renglones; y si esto no bastara para disculparme reconózcaseme la sinceridad que yo reconozco, tanto en los obreros que con su palabra ó con su voto defendieron la tesis contraria en el reciente Congreso, como en el anciano luchador que los apoya. Para mí mis convicciones y para ellos mis mayores respectos.

Altair.

Otro deportado

El día 23 del corriente ha sido embarcado para España, en el vapor italiano "Regina Margherita" el compañero Juan Casademont, otra nueva víctima de la infame ley de expulsión dictada á fines de Noviembre ppdo. con la *sana* intención de exterminar (?) á los hombres de carácter y de empotrar á los obreros extranjeros que más celosos sean de su dignidad.

El compañero citado fué tomado preso el día 18 á la tarde y se tuvo incomunicado hasta el 22 á la noche. En vano algunos amigos se apresuraron á llevarle ropa: la primera noche de su detención tuvo que pasarla acostado en el suelo del calabozo pues los esbirros no admitieron la ropa. El mismo día 22 no fué admitido el socorro que varios obreros zapateros le llevaran.

La policía había dicho á Casademont que lo embarcarían del 24 al 26; por donde se desprende el traidor proceder de las autoridades embarcándole silenciosamente el día 23 y privándole así de los recursos que hubieran podido reunirle los compañeros que tenían conocimiento del hecho, quienes se habían puesto en campaña para socorrerle.

A última hora algun compañero solicito pudo acercarse á Casademont para hacerle entrega de un pequeño óbolo.

Ahora digamos como único comentario: ¡Viva la libre y maternal República Argentina!

Necesidad de odiar

El culto del odio es el áspid de todos los pechos, aún de los más benévolos, aún de los más fríos . . . Yo también odio! Mi condición de hombre de estudio no se sobrepone á mi condición de luchador. La mayoría que forma en el tipo de mi mentalidad son, como yo, intransigentes, intolerantes con lo nulo, con lo malo, con lo feo. Para nuestro criterio de deterministas, este hecho, aparentemente, constituye una contradicción. En buen análisis no la hay tal.

Sí, odiamos. Por uno ú otro motivo nos tragaremos, algunas veces, un juicio: «ese es un bruto», «ese es un hombre malo», «ese podía morirse», «ese no vale nada», «ese es un mamarracho despótico, tirano» . .

obreros detenidos. Y particularmente he mos podido comprobar que no existe el más leve motivo que explique este nuevo atentado.

Hemos dicho en otra ocasión que esta manía de persecuciones con que se está distinguiendo la policía, vá á concluir muy mal. Hoy lo repetimos, cada vez más convencidos de que vá á concluir mal, mal, pero malísimamente.

Los obreros ya están de arbitrariedades hasta la coronilla.

El único camino.

Como las Sociedades Cooperativas están actualmente en tela de juicio, creemos oportuno presentar á los lectores parte (la conclusión) de un artículo del compañero Tcherkesof que ha sido publicado en *Freedom*, de Londres—Cada uno hará los comentarios que estas conclusiones le sugieran.

En los capítulos que preceden dice—Tchrkersof hemos establecido:

1º Que la producción actual es catorce veces más grande que á principios del siglo diez y nueve:

2º Que las clases gobernantes y el Estado han acaparado todo el beneficio del progreso alcanzado por la ciencia y el trabajo.

3º Que los capitalistas y la burocracia disponen anualmente de más de mil millones de libras esterlinas recolectadas por el Estado, y de otros mil millones, por lo menos, obtenidos por la explotación directa de los capitalistas.

4º Que los partidos socialistas y otros reformadores, con su táctica de reformas parciales confirman y perpetúan la dominación capitalista y burocrática:

5º Que las clases gobernantes, para retener en sus manos el Estado y todos los instrumentos de producción (la fuente real de su riqueza) han concedido al pueblo muchas reformas de un carácter puramente paliativo.

Después de haber establecido estas verdades sencillas, es fácil sacar las conclusiones lógicas respecto á los fines, los medios, y la táctica de un partido que combata en pro de la emancipación social de las clases oprimidas.

Es claro que como son los productores los que al poner en práctica los descubrimientos científicos para aumentar la producción, han hecho ésta tan abundante, el fin anhelado por el movimiento debe consistir en poner inmediatamente á los productores en posesión comunista ó colectiva de todos los instrumentos y maquinarias de la comunidad.

Pero el Estado y la burguesía han resistido y resistirán por todos los medios á su alcance esta expropiación y no abandonarán su riqueza robada sinó en virtud de una revolución social triunfante; y para hacer ésta completamente triunfante su primer acto, en nuestro concepto, debe asumir un carácter doble. Mientras que los jóvenes combatan heróicamente contra los defensores del Estado, los viejos y las mujeres, una vez levantadas las primeras barricadas, deben tomar posesión de los talleres, fábricas, máquinas, [illegible]trumentos, y de toda la propiedad, y [illegible]mediatamente la producción orga[illegible] colectiva y el [illegible] no toman posesión de la propiedad social [illegible] mismo tiempo que se inicia la lucha contra el Estado político—la fuente real del poder los medios para la instalación de los trabajadores quedarán otra vez en manos de los enemigos del pueblo. Unicamente por medio de una combinación del acto espontáneo de expropiación por el pueblo con la rebelión política, puede llevarse á efecto la revolución social tan deseada por el proletariado moderno.

En nuestra opinión una verdadera revolución social puede efectuarse por la expropiación, simultáneamente con una revuelta contra el Estado y la autoridad, porque el Estado y el capitalismo son inseparales. El orden actual es la obra del Capitalismo y el Estado combinados; por consiguiente, para poder aboli r el orden actual tan abominable y degradante, es necesario que los reformadores, más que paralizar *aniquilen completamente* estás dos causas.

Se nos dirá que las revoluciones son muy raras, que la vida económica y social evoluciona y progresa continuamente. ¿Cómo podemos resistir, en nuestra vida diaria, á la prepotencia del Capitalismo, unido en *trusts*, y al Estado, armado y todopoderoso?

Y de nuevo resulta la contestación como consecuencia de las conclusiones arriba formuladas. A la asociación de los explotadores tiene que oponerse la unión de los explotados, en sindicatos obreros, en asociaciones de productores y consumidores. Las conspiraciones de los ricos tienen que ser contrastadas por la combinación y las huelgas de los trabajadores unidos; porque solamente los productores unidos pueden organizar una huelga, sea parcial sea general, y únicamente cuando tengan el apoyo de los cooperadores que les surtan de víveres y les fien podrán los huelguistas, especialmente en el caso de una huelga general, continuar la lucha y obtener resultados favorables para los productores

Durante los periodos de preparación, los sindicatos de obreros y las cooperativas son los únicos medios para despertar entre las clases productoras la verdadera solidaridad social, basada en la solidaridad económica.

Y entonces la asociación cooperativa, haciendo uso de sus ganancias en beneficio de la colectividad, elaborará con las presentes formas de intercambio y producción una Sociedad del futuro, emancipada de la explotación del hombre por el hombre, y de la autoridad del Estado. Sin caer en exageraciones podemos decir que la revolución social, tal cual nosotros la concebimos, es decir, la toma de posesión por el pueblo y por su propia iniciativa, de las fábricas, de la maquinaria y de todos los bienes sociales, puede efectuarse solamente por los productores unidos en asociación cooperativa.

El pueblo ha comprendido perfectamente el papel de las asociaciones cooperativas y sindicatos obreros. Por eso vemos que las asociaciones cooperativas inglesas fundadas, solamente desde hace cincuenta y cinco años por unos pocos pobres trabajadores, cuentan actualmente con dos millones de asociados, sus operaciones anuales exceden á ochenta millones de libras esterlinas y ocupan en talleres y almacenes 88,756 hombres y mujeres: todo un ejército preparado para organizar al dia siguiente de la revolución, un consumo comunal y socialista. No fué mera jactancia de uno de losdirectores de una asociación cooperativa cuando dijo á un amigo nuestro, revolucionario bien conocido: "Si sucediera la revolución social esta noche, mañana mismo, podríamos nosotros surtir á toda Inglaterra de una manera verdaderamente socialista, con nuestros productos y artículos." Y están realmente en condiciones de poder cumplir lo prometido.

Además de esto, ¿no están las sociedades gremiales ó sindicatos de obreros en condiciones de poder organizar la producción de una manera socialista?

Creemos que si y, que podríamos proponer que todos los parásitos sociales de las clases posesoras y dominantes llevasen consigo á otra parte todo lo que poseen, con tal de evitar á la humanidad su perniciosa presencia. El pueblo, con la ayuda de la ciencia moderna, organizado en asociaciones libres y voluntarias, sabría producir lo necesario para su sustento, y para formar una situación de abundancia y de felicidad, ahora inconcebible. El desarrollo de la riqueza en los Estados-Unidos y los edificios magníficos que se erigen provisoriamente para las exposiciones universales, sirven de ejemplos convincentes.

Sí; la humanidad, emancipada de la opresión y explotación, podrá realizar en quince ó veinte años condiciones de abundancia y explendor que los ensueños más fantásticos no alcanzan á imaginar ahora.

Pero la humanidad será emancipada de la opresión y de la explotación por medio de una lucha revolucionaria solamente.

A nosotros los anarquistas, que consideramos sagrada la vida, la libertad y la felicidad de cada individuo, nos duele tener que estar obligados á predicar en favor de lucha y revolución. Pero convencidos de que un pueblo libre podría sustituir la abundancia y felicidad por la miseria y la degradación de hoy convencidos de que son el Estado, los privilegios y la explotación del hombre por el hombre los que cierran el camino hacia la felicidad y el bienestar, tememos no ser bastante revolucionarios; no hemos de cesar nunca de incitar á nuestros compañeros de trabajo á la rebeldía, para conseguir lo más pronto posible y á toda costa la revolución social, por medio de la cual la humanidad entrará en una nueva era de felicidad, de abundancia y de libertad.

W. Tcherkesof.

La inquisición impera

A última hora sabemos que el compañero Oreste Ristori, detenido el 19 del corriente, continúa **rigurosamente incomunicado**; es decir que este valiente obrero lleva ocho días totalmente separado del mundo vivente, alojado en un sucio y estrecho calabozo, como si se tratara ni más ni menos, que de una fiera escapada de la selvas africanas.

Qué delito cometió este obrero para que así se trate?

Nadie lo sabe: la autoridad policial no se ha dignado interrogarlo. Lo detuvo y lo sepultó en el encierro, porqué en esta bendita tierra la gente del machete tiene carta blanca para todo.

Comunicaciones

Juan Aranda Mora desea saber el paradero de su primo Juan Aranda Mora, de oficio zapatero. Que se dirija á la calle Las Heras 353, Rosario de Santa Fe. Creemos que se encuentra en Valparaiso. Se ruega la reproducción de este aviso en la prensa libertaria de Chile.

* * *

Buenos Aires, Junio de 1903.

Compañeros de La Protesta Humana,

Salud.

Se ha constituido en esta Capital un grupo libertario bajo el nombre de Souveraine.

Avisamos á los compañeros que quieran contribuir con donaciones de libros, folletos, etc. dirigirse á Luis Rasore, calle Melo 380. La correspondencia y comunicaciones dirigirlas á la misma dirección.

Salud y anarquía.

El Grupo.

* * *

El compañero Narciso Jardón, desea notificar á Andrea Scarrone que tiene para el tres cartas de Italia, y que puede retirarlas escribiéndole calle Independencia 1960 Rosario de Santa Fé.

Correspondencia Administrativa

Hemos recibido, y repartido según su deseo, $ 10,00 de A. S., pero no sabemos su procedencia. El dinero remitido á nosotros para los presos y las familias lo hemos entregado á la Comisión de Patrocinio, la cual, sin duda, publicará una lista. En el mes de Marzo, cuyo balance se publicó en Nº. 7 bis, no tenemos apuntada ninguna suma á favor de los presos. Que nos escriba.

—A. J. D. Peñarol Montevideo—Los pesos 6,31 que figura en el Balance N. 216 proceden de los talleres de Peñarol. Es mejor mandar dinero en carta certificada.

—T. M. Balance—no se debe mandar dinero sino en carta certificada ó "por expreso", No hemos recido los cinco pesos.

—Tucumán—De la Sociedad de Resistencia de obreros ferrocarrileros y anexos hemos recibido pesos 20 para los panaderos y una carta para la Sociedad de panaderos de Buenos Aires.

—P. G.—Su carta irá en el próximo número. En este verá otra extensa sobre el mismo tema y que fué presentada antes de la suya.

MOVIMIENTO OBRERO

CAPITAL

La sociedad de resistencia de Obreros Zapateros ha dirigido una nota á tres fabricantes de calzado, en la que se les manifiesta que tienen un plazo de tres días para dar cumplimiento á lo estipulado entre el comité gremial y la sociedad de trabajadores.

Una comisión se les apersonará, para pedirles explicaciones, con el objeto de evitar conflictos y la huelga parcial en caso de no acceder los patrones sería una consecuencia inmediata para esas fabricas.

La sociedad tendría á su cargo, entonces, que dar ocupación á los oficiales de las mismas, y en caso de no poderse hacer así, abonaría a los huelguistas el salario correspondiente.

—

Se reunen en asamblea general el domingo 28 á las 2 p. m. en su local Victoria 2475, para resolver los medios de lucha que han de emplear contra las fábricas de Miguel Ferrer, Ricardo Barachina y Fernández hermanos, que se han negado á dar cumplimiento á lo estipulado con la comisión directiva.

EXTERIOR

España

—Ha terminado el Congreso de la Federación regional de trabajadores.

Se acordó hacer propaganda societaria entre los obreros del campo y que ningún trabajador acepte la ocupación que se le acepte la ocupación que se le ofrezca sin saber antes el jornal que se ha de pagar.

Respecto á la huelga de los alquileres se acordó pedir el cincuenta por ciento de rebaja en los mismos.

También qurdó acordado celebrar el próximo Congreso en 1904, aunque sin fijar la localidad.

— Se ha establecido por Real Decreto un Instituto de Reformas sociales en el ministerio de la Gobernación, que estará encargado de preparar la legislación del Trabajo en un más ámplio sentido, cuidar de su ejecusión organizando para ello los necesarios servicios de inspección y estadística, y favorecer la acción social y gubernativa en beneficio de la mejora ó bien estar de la clase obreras.

Estados Unidos

Nueva York, 25—El movimiento obrero que ha estallado en Richmond, estado de Virginia, presenta caracteres gravísimos, habiendo ya ocurrido choques sangrientos.

La mayor parte de los huelguistas son empleados de tranvías.

En vista de la gravedad de los sucesos, el gobierno del estado ha convocado á las milicias y ha dispuesto que los miliciaros dirijan los tran[illegible], y que estos [illegible] tos de ametralladoras Gatlin[illegible]

—

Que burgués bárbaro será [illegible] dor! pero tan estúpido com[illegible] no comprender que tienen [illegible] hacer los huelguistas que p[illegible] te de sus ametralladoras; [illegible] rieles, amontonando tod[illegible] os sobre la vía, ó en fin prendiendo fuego á los cuatro costados de la ciudad como hicieron en Valparaiso

Hace tiempo que supimos que las autoridades en ese país de la libertad buscaban un modelo de ametralladoras apropiadas para estos casos de reclamación obrera, y resultó premiada con medalla de oro, y ahora resulta poco menos que inutil, sino que para exasperar los animos y aumentar la gravidad del conflicto.

BALANCE

ENTRADAS

Junio 20.—C. L. 3,00 - Del Paraguay, remitido por M. M. 4.50 - Ventas 2,76.—Día 22.—Tres Coronas 2,70 - G. de los Corrales 1,25 - Sin Bombo 0,55 - De Rafaela A. T. 2,00 - Hija del Toro 1.80 - Un despedido por su explotador por ser suscritor de la P. H. 1,00 - R. E. G. 1,00 - Ventas 0,96 - G. Despertar de Sta Fé 5,00.—Día 24.—De Mar del Plata J. B. 4,15 - G. Suveraine 1,60 - C. O. La Aurora de V. Crespo 1,55.—Día 25.—De Belgrano 10,00 - De Balcarce E. L. y T. M. 2,00 - J. P. 0,50 - R. M. 1,00 - Ventas 1,75.

Total entradas 49,01

SALIDAS

Impresión de 4.000 ejemplares del último número..........	65,00
Correo y otros varios	15,00
Total $	99,95
Déficit..........................	50 94

Pero nuestro odio es casi santo; no nos intoxica, no nos envenena, ni nos ensoberbece tan siquiera. Basta que el sujeto detestado, de malo se torne en bueno, de nulo en útil, de tirano en justo, para que nuestro odio desaparezca. Como un alto espíritu de equidad nos gesta el odio santo, odiamos hasta la intransigencia. Para nosotros, como para todo el mundo, las personas son las acciones; así, una acción inútil ó perversa siempre tendrá nuestro odio, aunque tal inutilidad ó tal perversidad, gracias á esta desorganización de las cosas, nos favorezcan. Nuestro amor á la vida nos hace odiar. Hé aquí, pues, como se sintetiza nuestra cejijundia: odio á la muerte!

En efecto, muerte es la inutilidad, la maldad, la fealdad, la autoridad. En lo pasado, y mucho aún en lo presente, el amor á la muerte se extendió—todavía se extiende—bajo la contraseña más horrorosa: el desprecio á la vida; Si no hubiéramos llegado á reaccionar á tiempo el instinto de conservación, que fué el primer impulso director de la especie, se habría perdido en la humanidad, dando paso, en cambio, al instinto de negación vital. La casta sacerdotal, hablando siempre al fondo de las conciencias, elaboró toda su felicidad en crear vencidos, espíritus agobiados desde la infancia ó alcanzados, aun á tiempo, en la juventud. Predicó el desprecio á la existencia, el rebajamiento humilde de la personalidad, la voluntad suicidada divinamente, en fin, el sacrificio, por ofrenda á las alturas, del hombre—que es el todo.—Y exaltó, glorificó y poetizó la muerte—que es la nada—usando la fortaleza que se posee para la lucha por la vida, como una fuerza de combate á favor del sepulcro. Fué así como la selección natural tuvo su primer desviamiento, merced á la labor en contra que le aportaron las religiones del no ser, desde la liturgia cristiana de nuestros días á la liturgia de la propiedad en su origen y desarrollo.

La reacción benéfica que adquirió el instinto de conservarse á sangre y fuego, ha traído el entronizamiento bárbaro del egoísmo. No en vano toda reacción lleva en si algo de regresión; pero se perderá ésta en el curso evolutivo de las sociedades, y la especie habrá entrado entonces en su marcha naturalmente selectiva, de perfeccionamiento general sin sacrificio alguno.

Nuestro período histórico, siendo de lucha, se hace necesariamente desapiadado. Verdad que entre hombre y hombre, toda lucha tiene que ser inferior y desapiadada; pero ya que las condiciones del ciclo nos han hecho inferiores contra la superioridad de las concepciones científicas que nos elevan sobre la época á tiempos mejores, trabajemos, odiemos lo negro, puesto [illegible] que nos [illegible] al centro de un disco de luz [illegible] es el mañana venidero.

[illegible] al que nos lo parezca, tene[illegible] xecrar; el estigma contra lo [illegible] e desaparecer jamás de los [illegible] s, de los pensamientos cul[illegible] s una gran arma de guerra. [illegible] echara sobre el cuello para absorbernos el líquido vital de nuestras arterias no le podríamos—desde nuestro seco determinismo—perdonar la agresión. Es más: en tanto que uno se defiende hay que dar rienda al odio casto, gritando la verdad toda, cruda—¡bebedores de sangre!—acumulando las pruebas aplastantes, la lóbrega documentación: cuerpos flacos, mandíbulas miserables, herencia [illegible] ca y sombras eternas, sombras en los endocráneos!...

Cuando pasamos revista al vasto pingajo humano que compone la «mala estirpe», ese pueblo que rasca sus liendres en la hondonada de la miseria, un grito nos ahoga; y al través de un rígido concepto moral, sereno, otra convicción se nos levanta: ¡no puede haber paz!

Y en efecto, ¿pudiera haber un sano sentido ético que recogiera por los ojos todos los detalles del cuadro desolador y, no obstante, diera la espalda tranquilo? Compréndase que no es un exceso de sentimiento el que nos hace sectarios de la justicia; son las piezas que colocamos sobre la mesa de disección, y aquí, libres casi de toda influencia exterior, é interiorizados por la mayor neutralidad, fríos en un todo, concluímos: por un alto egoísmo, positivos conservadores del hombre, deseamos ir contra el mal á todo evento.

Se suele oponer que la reforma, paulatina y mesurada, en pequeñas conquistas, llegará, aunque sea tarde, al fin. ¡Qué anestesia moral! Si la reforma hubiera sido adoptable sin perjuicio inmediato para el que la recibe, ¿qué maldición de prurito nos habría podido echar á no aceptarla? La mitad de los trabajos, de crítica unos y de ciencia otros, de los revolucionarios contemporáneos estudian las reformas, otorgadas ó arrancadas, como principio positivo, como factor de actuación y como consecuencia final.

Nuestro modo de ser nos impide ser meramente reformistas. Cuanto puede implicar una mejora es sólo un accidente de la batalla social. Lo que demuestra la experiencia sobre las concesiones que hace el capital al trabajo y la sociedad al individuo, lo hemos estudiado á base económica. Desde luego, no se va al fin social predeterminado por la adquisición de una hora más ó menos de trabajo. Absurdo sería suponer que cuando se obtuvo diez centimos de aumento sobre el jornal diario, se dió un paso hacia la transformación social.

Hay, pues, que penetrarse bien de este principio: adonde las gentes sean desiguales, no puede haber paz. Y la reforma, mal que no lo quieran así comprender sus partidarios, supone una serie de treguas, de reconciliaciones y alabanzas. Además que una concesión hecha sobre un dado gremio, no destruye el aparato odioso de la iniquidad, que es el fin que no se debe perder de vista y por el cual se ha de trabajar todas las horas. Y no se tome esto por lo que no es, por una guerra á la mejora. No. Tercos, empecinados por todo lo justo sin fragmentaciones equívocas que lo confundan, queremos la revolución. Hasta tanto odiaremos igual al que da cinco que al que da cuatro ó nada. ¡Qué cómodo resultaría eso de, poquito á poco, ir entreteniendo las exigencias colectivas! ¡Ahí si que la cosa sería de nunca concluir. Como la caridad es una ignominia, y la caridad es una concesión, ignominiosa es la reforma. No obstante, caridad y reforma se aceptan, ya que á veces impiden que se reviente inmediatamenre, aplazándose de este modo una muerte y prolongando una vida cuya actuación postrera pudiese ser de estima inapreciable. Pero ¡qué bofetadas sangrientas suponen esos brazos clamadores! Y mientras se obtiene el óbolo vergonzoso, y después de obtenido, ¡qué caída para el espíritu! Es la última; entonces el hombre, por tal descenso, ve la vida pequeña, ¡pequeñita, ante la desolación infinita de su alma. La caída fué tan enorme, tanto, que todo mañana se perdió de vista. Y hé ahí como después de una «reforma», el mundo penumbroso de la miseria, sino peor, permanece igual, con hambres idénticas, acusador y amenazador, mudo é inconsciente, pero no me[illegible] os acusador y amenazador que si gritase sus rei[illegible] vindicaciones necesarias.

Odiemos, para sacudir [illegible] el delito de la indiferencia, para fijar el valor de la[illegible] s ideas, para tener más fuerza, más amor y má[illegible] vida. Odiemos así.

FELIX B. BASTERRA.

La tiranía sindical

No es raro leer en los diarios burgueses artículos de hermosa indignación contra la tiranía sindical. Con frecuencia citan hechos que sin tener tanto alcance como el que se les ha dado, no por esto dejan de constituir una fundada crítica del movimiento obrero; pero estos defensores del régimen económico actual no se remontarán nunca de los efectos á las causas para demostrar que todos los defectos del sindicalismo son debidos en gran parte aún, á una concepción burguesa de la lucha económica. No es posible ser *justo* sin ser *revolucionario*, y desgraciadamente los sindicatos todavía están encenagados en el reformismo, esperan siempre los beneficios de una sociedad capitalista un poco más correcta, sin querer comprender que admitida la explotación del hombre, por el hombre, todos los males de que nos lamentamos son inevitables y que solo aparentemente pueden ser disminuidos.

Si estudiamos serenamente, sin ideas preconcibidas, la labor realizada por los diferentes sindicatos para mejorar la situación de sus adherentes, pronto tenemos ocasión de descubrir que todos ellos están inspirados, en la mayor parte de las circunstancias, por este principio eminentemente burgués: *Suprimir el mayor número posible de concurrentes en el mercado de la vida.* Las frases bonitas, aún pronunciadas por camaradas, no deben ilusionarnos con respecto á los actos, que son los únicos que importa examinar de cerca. Y es esto último lo que yo quiero hacer.

Tomad los estatutos de no importa que sindicato, y lo primero que en ellos veréis inscrito será la limitación de los aprendices. Sé muy bien que los patrones explotan de la manera más escandalosa el trabajo de los niños; ¿pero con qué derecho queremos colocar á un individuo en la imposibilidad de aprender tal ó cual oficio? Raras son las corporaciones que no se quejan, y, con razón de la falta de trabajo y por tanto quieren esta limitación sin considerar que al generalizarse tal método se obtiene por resultado aumentar el número de los desgraciados que como no tienen oficio alguno pasan una vida de las más miserables.

A la limitación del número de aprendices viene á agregarse la prohibición de ejercer una profesión cualquiera sin haber hecho un aprendizaje regular, prohibición profundamente ridícula dada la división del trabajo á que hemos llegado hoy y que permite aprender en un mes tal ó cual rama de tal ó cual oficio. ¿Por qué debemos, sin excepción, trabajar casi gratuitamente durante tres, cuatro ó cinco años de aprendizaje? Además de esto, algunos sindicatos procuran imponer á los patrones que no den ocupación más que á obreros sindicados. No me parece que el mejor medio de enseñar á alguien la solidaridad sea condenándole al hambre.

También hay en esto la cuestión de la mujer, que ha sido muy discutida en estos últimos tiempos. Bajo pretexto de entregarla á su noble condición de madre, de protejer su salud y su misma moralidad, se procura simplemente librarse de su competencia.

En suma, el principal medio hasta hoy empleado por los sindicatos para combatir la explotación patronal, ha consistido en reducir lo más posible en cada corporación, sin preocuparse para nada de las otras, el número de trabajadores que ofrecen sus brazos; y todo para impedir que los patrones rebajen demasiado los salarios de los que necesitan ocupar. Y de esto ha resultado, allí donde los sindicatos están más extendidos, la división del pueblo en dos clases: la aristocracia obrera y el *Lumpenproletariat* de Liebknecht que asegura el bienestar (¡cuan relativo!) de lo privilegiados del sindicato, por cuanto renuncia á hacerles la competencia. En Inglaterra, país el más avanzado desde el punto de vista industrial, ya hoy puede observarse este fenómeno: de un lado los *tradeunionistas*, del otro la multitud anónima de hambrientos; dos bandos enemigos que se detestan cordialmente. Así, fundándose en una concepción burguesa, sirviéndose de una táctica burguesa, no se hizo más que llegar á una nueva iniquidad contra la cual debe sublevarse toda conciencia socialista.

Y no vayáis á creer que entre los miembros de un mismo sindicato es siempre [illegible] la solidaridad, verdaderamente efectiva [illegible] acuerdo de intereses. También completo e[illegible] crear una nueva división allí se procura [illegible] undo sabe que en un de clases. Todo el m[illegible] categorías de tramismo oficio hay varias [illegible] riencia ha probabajadores. Como la expe[illegible] asa de una cado que cuando un obrero p[illegible] r no obtiene tegoría inferior á otra superio[illegible] le corresintegralmente el aumento que [illegible] n de defiponde, se ha tenido la precaució[illegible] tegorías nir rigurosamente las diferentes [illegible] ra, así é impedir el paso de la una á la [illegible] os sin[illegible] trabajar en dos á la vez. C[illegible] ón [illegible] por dicados afirman que el obrero [illegible] elección ó por fuerza—lo más á menudo por fuerza—ha empezado por un oficio dado, está predestinado á ejercerlo durante toda su vida y suceda lo que suceda no debe poder cambiarlo. Prohibido á un foguenero hacerse maquinista, á un peón convertirse en albañil, á un pone-pliegos en conductor! Cuando se piensa que solo el azar decide casi siempre en la elección de un oficio y que al reconocernos más tarde otras aptitudes no sin mil dificultades podemos cambiarlo, es absolutamente desesperante vernos todavía obligados á luchar contra pretensiones tan absurdas.

Esto no es todo. Con algunas raras excepciones, los obreros ocupados tratan de trabajar mayor número de horas sin preocuparse de los compañeros que huelgan. Esta es la triste comprobación que personalmente hice muchas veces y que el deseo de aumentar un salario insuficiente no justifica sino en parte. En el sindicato de albañiles y de peones de Montreux se me decía que en Montreux mismo y en Berna los obreros habían amenazado con declararse en huelga si los patrones no les concedían diez horas de trabajo diario, en lugar de las once que realizaban! Los tipógrafos han obtenido después de varios años la jornada de nueve horas, pero en Ginebra, por ejemplo, más de una cincuentena trabajan por lo regular diez ú once horas por día.

Yo creo que los diarios burgueses que á menudo hicieron resaltar y censuraron el egoísmo y la injusticia de algunos sindicatos, de todos estos vicios se alegran en sus adentros, pues son la mejor prueba de que la organización obrera no se hizo aún revolucionaria y de que ésta se acomoda siempre á la famosa ley de la oferta y la demanda, que es la base de la economía burguesa.

Clemenceau lo ha dicho muy bien: «La capacidad de vivir, para cada uno de nosotros depende únicamente de la oferta de las vidas que se presentan en competencia sobre el mercado del trabajo, convertido en feria de ganado humano, y de los pedidos que puedan hacer los ricos reteniendo en sus cajas los permisos para vivir ó las órdenes para morir».

Si no encaramos la supresión de la propiedad privada y del salario, es evidente que á cada uno de nosotros no le queda otro recurso, para mejorar su suerte, que procurar reducir lo más posible el número de las vidas concurrentes que vienen á ofrecerse en el mercado de tal ó cual oficio. Y en este caso existe lucha de pobres entre sí y no lucha de clases. Nos semejamos á los marmitones que esperan en la repostería la vuelta de los platos, servidos en los festines de los ricos, para disputarse entre sí los restos que contengan. Despues de haber renunciado espontáneamente á mayores y mejores bocados, por estos sólos residuos concluimos algunas veces rompiéndonos los platos en la cabeza. ¿No valdría más pensar en sentarnos tambien en el gran banquete de la vida?

Los trabajadores deberían penetrarse y convencerse de que el sistema económico actual permite á la clase capitalista hacernos soportar diariamente los gastos de las *mejoras* que le pedimos, y de que reforma en reforma podemos llegar á crear en el seno del proletariado una nueva clase con nuevos privilegios, pero no fundar la sociedad sin clases, el mundo libre y de iguales que deseamos.

Tambien ha llegado la hora de renunciar á la concepción burguesa de la lucha económica reformista para encarar la huelga general revolucionaria con todas sus consecuencias, entre las cuales la primera debe consistir en la expropiación de la burguesía.

El reformismo no hizo otra cosa que habituarnos cada día más á considerar todo lo existente como legítimo en su conjunto y á no ver la cuestión social sino en el uno ó en el otro de sus detalles. De ahí un retardo en el desenvolvimiento de la mentalidad revolucionaria del pueblo, causa por la cual sufrimos cada vez que la acción se impone.

F. B.

(De *L'Emancipation*, 16-5-03.—Ginebra).

La caza del hombre

Con un [illegible] de *sport* ha venido á enri[illegible] erse este maravilloso emporio de civilización, supeditado á la voluntad del general Roca *et company*.

Los compañeros Bota y Miguel Milaverry transitaban pacificamente por la calle Entre Rios, entre Alsina y Victoria, el día 26 del actual, cuando de improviso fueron asaltados por un pesquisa que les dió, porque sí, orden de arresto.

Los citados obreros que, dicho sea de paso, iban en procura de trabajo, huyeron ante los exabruptos de este bárbaro; pero el bárbaro asalariado echó mano al pito y sacó, al mismo tiempo, un revolver que les abocó amenazándoles con la muerte si no se detenían. Otros esbirros acudieron y así lograron dar caza á los compañeros citados.

Estos datos los hemos obtenido de un testigo ocular que también conoce á los